

Cuando vivía en Salamanca, Víctor y yo intercambiábamos cartas en las que nos íbamos manteniendo al tanto de los pormenores de nuestra vida universitaria. En realidad, aquella relación epistolar sólo se mantuvo con una cierta regularidad durante el primer año de carrera. Luego, la aparición del correo electrónico, la monotonía o sencillamente la desgana hicieron que los intervalos de tiempo que transcurrían entre carta y carta fuesen cada vez mayores, hasta que llegó un momento en el que dejamos de escribirnos sin que ninguno de los dos acusase en exceso la falta de noticias del otro. Al principio eran cartas desenfadadas en las que él me hablaba de los nuevos amigos que había hecho en la Facultad de Física de Oviedo y yo le contaba mis correrías nocturnas por los diversos tugurios salmantinos que iba conociendo, sin aludir a la desazón que me embargaba en aquellos primeros meses en los que apenas conocía a nadie y vagaba algunas tardes por la ciudad como un alma en pena en busca de algún reducto donde redimirse. Lo normal era que acompañásemos los folios que nos escribíamos —él siempre a mano; yo casi siempre a ordenador— de algún que otro complemento que ilustrase nuestros textos, como si necesitásemos corporeizar lo que contábamos, demostrarle al otro que lo que le decíamos (o, al menos, una parte) era verdad. Así, si él me relataba que había pasado la noche en una cervecería jugando a los dados, introducía en el sobre un posavasos con el anagrama del bar, y si yo le contaba que en la facultad se había organizado algo parecido a una manifestación a favor de la condena a Pinochet, le adjuntaba algún pasquín conmemorativo para que pudiera hacerse una idea más cabal de la dirección por la que habían ido los tiros. Otras veces, aquellos aditamentos eran el motivo mismo

del envío. Una tarde de primavera, mientras paseaba por el casco antiguo, encontré en uno de los callejones que descienden desde la catedral vieja hacia el Tormes unas cuantas páginas del *Quijote* desperdigadas en dirección al río, como si trazaran una ruta secreta que aguardaba a ser descifrada por alguien tan ocioso o tan solitario como yo. Las fui recogiendo una a una, las guardé en el bolsillo interior de mi cazadora y aquella misma noche las fui revisando para elegir la que más pudiera agrandar o sorprender a mi amigo, justo después de escribirle una carta en la que prácticamente me limitaba a informarle del hallazgo —que en mi ingenuidad juvenil interpreté como una señal difusa que ni siquiera me molesté en descifrar— y a añadir tres o cuatro banalidades relacionadas con alguna noche reciente o con cualquier episodio que por aquellas fechas habría ocurrido en la universidad. Ya no recuerdo qué página del *Quijote* le envié, en qué pasaje de la novela se encuadraba el fragmento que puse en sus manos, pero también he de decir que si recuerdo esta historia es porque él mismo se refirió a ella en más de una ocasión, las veces que nos hemos venido viendo desde entonces, asegurando que aún conserva aquella hoja sucia y desgajada, convertida ahora en el único fruto que ha sobrevivido de aquel botín inútil que yo mismo debí de arrojar a la papelera pocos días después de hacerle partícipe del descubrimiento.

Alguna vez fantaseamos con la posibilidad de que el cartero se equivocase y depositara nuestras cartas en el buzón que no era, y nos preguntábamos qué pensarían de nosotros los extraños que se encontrasen con aquellas palabras tan despreocupadas como crípticas, en ocasiones, en las que deslizábamos de cuando en cuando alguna insidia, alguna ironía más o menos cruel contra cualquier conocido común, o simplemente aludíamos con fórmulas tan reconocibles para nosotros como inescrutables para cualquiera que no poseyese nuestras claves a algún episodio que no valía la pena mencionar por ser

ya conocido de sobra por ambos. Releo ahora esas cartas —en esta noche tan inesperadamente triste, cuando han pasado más de diez años desde que recibí y envié las últimas— y descubro que ni yo mismo puedo comprender del todo ciertos pasajes, que hay párrafos enteros que hacen referencia a anécdotas que ya se han escurrido de mi memoria, que en ocasiones tengo la desconcertante impresión de que era un extraño el que cogía el bolígrafo (o el que teclaba) y no la misma persona que ahora abre de nuevo esos sobres que permanecieron tanto tiempo cerrados y recupera, con el olor de la tinta y de un papel ya ligeramente amarillento, el eco de unos pasos silenciados por el implacable transcurrir del calendario. Emilio me contó una vez que su padre, al poco de mudarse a Madrid desde su Valencia natal, comenzó a recibir en el buzón del piso que había alquilado unas cartas en cuyo remite figuraba el nombre de una mujer y una dirección del barrio de Chamartín. Llegaba una cada semana, y si bien durante el primer mes se limitó a recogerlas y guardarlas en un cajón de su mesita, cuando se encontró con la quinta misiva no pudo resistir la tentación de abrirla y de hacer lo mismo con las que la precedieron y las que acabarían siguiéndola en semanas consecutivas. Se trataba de cartas de amor que la desconocida del remite enviaba al que muy posiblemente había sido su amante y que, por lo que daban a entender aquellas líneas cuya autora parecía naufragar entre el enfado y la melancolía, se había esfumado sin despedirse ni dejar rastro, al menos no para ella, que seguía escribiéndole con la convicción de que, aunque no obtuviera respuesta, al menos aquellas palabras iban a llegar a los ojos de su destinatario natural, ignorante de que en el piso que había ocupado habitaba ahora otra persona que nada tenía que ver con él y que empezó a sentirse incómodo al comprobar que, sin pretenderlo, estaba siendo testigo involuntario de una historia en la que no tenía derecho a involucrarse. El padre de Emilio consiguió localizar la dirección de

los remites, y cuando llamó allí la propia mujer cogió el teléfono y concertó con él una cita para las seis de la tarde del día siguiente a las puertas del Comercial, en la glorieta de Bilbao. Ella no acudió. Emilio me contó que su padre aguardó durante media hora, y que durante ese tiempo no dejó de sentir un leve cosquilleo en el estómago cada vez que veía acercarse a una mujer o cuando notaba que alguien se aproximaba por la espalda a su posición, pero por más que observó a todas las que pasaron por aquel lugar a aquella hora —y él había dado señas inequívocas: se había descrito a sí mismo con bastante exactitud, le anunció qué ropa pensaba ponerse y sujetaba en su mano derecha un fajo con las siete u ocho cartas recibidas en el piso al que acababa de mudarse—, no se sintió reconocido por nadie ni vislumbró además alguno de nerviosismo o incertidumbre en ninguna de las paseantes que deambularon por sus proximidades. El padre de Emilio —cansado de la espera e intuyendo que la cita nunca llegaría a consumarse porque acaso aquella señora (era una mujer casada, de eso cabían pocas dudas a tenor de lo que se leía en las cuartillas cuyo contenido él había usurpado) habría sentido una vergüenza repentina, un pudor infantil al saberse descubierta por un perfecto extraño que quizá pretendía chantajearla o humillarla o encontrar alguna contraprestación, y había preferido quedarse en casa como si no hubiese pasado nada en vez de abandonar su domicilio para acudir a un encuentro que sólo podía depararle incertidumbres— arrojó las cartas a una papelera, se fue de allí y nunca más volvió a saber de aquella desconocida ni de los amores que tanto la habían atribulado. Cuando yo viví en Madrid, justo después de terminar la carrera, pasaba a menudo por delante del Comercial y me imaginaba al padre de Emilio —yo lo había visto dos o tres veces, al final de cada curso, antes de que un cáncer acabara devorándolo en el último año de carrera— allí esperando, con sus ropas de provinciano recién instalado en la ca-

pital, el pitillo en la boca y las cartas en la mano a la espera de que su autora hiciese acto de presencia para recogerlas y volver a instaurar así un cierto orden en una situación deslavazada, y también entreveía su cara de frustración o de hastío cuando, tras esa media hora de expectación y curiosidad, abandonó toda esperanza y caminó hacia la boca de metro tras deshacerse de aquellos mensajes que nunca habían llegado a la persona a la que iban destinados.

No sé si alguna vez le conté a Víctor esta historia —puede que no, puede que llegase a mis oídos cuando habíamos abandonado el intercambio epistolar y empezábamos a usar el correo electrónico, de manera muy esporádica y casi siempre para emitir avisos breves y concisos relativos a un próximo viaje de vuelta a casa por mi parte o a alguna salida vacacional por la suya—, pero no he encontrado ninguna alusión a ella en las cartas que he revisado hasta el momento, después de haber abierto la caja de zapatos donde yacían abandonadas por pura obediencia a un impulso tan impetuoso como irracional que me llevó a recordar una carta concreta en cuanto colgué el teléfono y el silencio volvió a apoderarse de la habitación en la que escribo. Se trata de una que me envió Víctor cuando ambos empezábamos el segundo año de carrera —está fechada, antes lo he visto, el 14 de diciembre de 1999— y que dice en uno de sus párrafos:

La otra noche salí a tomar algo con Fonso y nos encontramos con Pablo. Llevaba una borrachera de impresión, se sentó con nosotros y se tiró media hora explicándonos, con un boli y una servilleta, un teorema que había inventado y por el que quedaba demostrada de manera irrefutable la existencia de Dios.

Recuerdo que me reí mucho al leer aquel párrafo, y que tuve que callarme la curiosidad; a esas alturas del año yo estaba a punto de volver a Mieres para pasar allí las vacaciones navideñas y no tenía sentido escribir ninguna

carta porque lo más probable era que llegase cuando yo ya estuviese allí. Me reí porque Pablo —que ya en su más furibunda adolescencia presumía de su ateísmo («yo no creo en estas cosas», solía decir en clase de religión cada vez que el profesor hacía alusión a algún pasaje bíblico o proponía a alguno de los protagonistas del Libro como modelo de conducta)— jamás había mostrado preocupación alguna por la existencia o no existencia de Dios, pero también porque, acostumbrado como estaba a verlo menospreciar cualquier cosa que oliera a libro de texto o que se relacionase mínimamente con cualquiera de las asignaturas que nos habían impartido en los tiempos en los que ambos estudiábamos juntos, era incapaz de imaginármelo formulando un teorema, seguramente un burdo remedo del conocido argumento ontológico de san Anselmo, o pensando en cualquier cosa que no fuera la próxima juerga o alguna chica a la que le hubiese echado el ojo (aunque entonces tenía novia formal, pero eso nunca había sido un problema para él) y que, por una u otra razón, se le anduviese resistiendo. Recuerdo que cuando unas semanas después llegué a Mieres y me encontré con Víctor en La Sucursal, lo primero que hice fue referirme a aquel episodio y pedirle que me lo contara de palabra, que me detallara los pormenores de aquella historia tan insustancial como curiosa, que me explicase en qué consistía aquel inusitado teorema con el que mi amigo (porque era más amigo mío que suyo, o más bien no era nada de él) había logrado resolver uno de los misterios más impenetrables de la humanidad.

—Y yo qué sé, tío —me contestó mientras apuraba una jarra de cerveza—. Te juro que presté toda la atención que pude, pero no conseguí entender nada de nada.



Por aquella época Pablo y yo no éramos los amigos íntimos que habíamos sido en la escuela, y también en los